

Comida china

En una tiendecita modesta, aseada y sin asomo alguno de reclamo, se instaló hace poco en Montparnasse una casa de comidas, donde sólo se sirven platos chinos. No la decoran ni sedas, ni bordados, ni porcelanas, ni esculturas, ni cosa alguna que evoque el lejano y mágico Oriente. Tan sólo unas largas tiras de tela blanca se aplican sobre las paredes, y en ellas aparecen los misteriosos signos del abecedario celeste, que se nos antojan (dada nuestra ignorancia del idioma chino) fórmulas cabalísticas de conjuro, y que, seguramente, anunciarán tan sólo manjares o bebidas de por allí. Unos camareros de aspecto limpiísimo, sonrisa perpetua, cara simia, pelo lustroso y pegado al cráneo, de donde desapareció ya la coleta legendaria, se mueven, silenciosos y activos, asegurando el servicio a la numerosa clientela. Van vestidos de blanco, sin una mota, sin una mancha, sin una arruga, como si salieran de una hermética caja donde los hubieran guardado hasta el momento de empezar a servirse de ellos. Todos hablan un francés meloso y ceceante, que parece idioma de niños, y al dirigirse al cliente lo hacen con tal urbanidad y con modales tan exquisitos, que parecen moverse en el ambiente protocolar de una Corte etiquetera y no en la atmósfera de una fonda.

Nos ofrecen un enorme cartón, donde aparece una lista interminable de platos. Buscamos ansiosamente aquellos manjares que la fama señaló en la cocina del país celeste. Más, ¡ay!, que por muy chino que sea el restaurante faltan en él muchas de aquellas exquisiteces que los gastrónomos de Pekín aman sobre todas las cosas. No se encuentran en la lista ni perritos gordos guisados con aceite de ricino, ni aletas de tiburón, ni sopa de nidos de golondrina, ni esos admirables patos de Nankin, que, revestidos de una espesa capa de laca, guardan tras ella, sutiles y deliciosos perfumes de putrefacción, que encantan los paladares refinados. La distancia, por un lado, y, por otro, la barbarie culinaria en que aún se hallan sumidos los golosos de la atrasada raza caucásica, han desterrado de la lista estos platos portentosos, que tal vez en Montparnasse no encontrasen aficionados. Pero aún hay en la minuta guisos, sopas y postres con suficiente exotismo. Hay un potaje de las mil y una noches, cuya receta debió confeccionarla el propio cocinero de Aladino; hay unas setas perfumadas a modo chinesco; hay unas simientes, ya en germinación; hay una ensalada de brotes de bambú, que son cosa deleitable y exquisita, sobre todo si a estos vegetales se les añade carne de puerco, o de vaca, o terneros pollitos, que, asados en un punto de perfección, difícilmente asequeable a un marmetón vulgar, son deleite de la boca y encanto del paladar.

A todo esto hay que unir el arroz. Al lado del arroz chino se pueden ir a paseo todos los otros arroces del mundo. El arroz chino, orgulloso de ser arroz, no acude a la ayuda de cosa alguna para satisfacer a quien se lo come. No se adereza con grasas; no se incorporan jugos ajenos; no se mezcla con salsas; ni se tuesta con queso; ni busca el picante de la pimienta, ni el sabor del clavo, ni el aroma de especie alguna. El arroz chino se basta a sí mismo, es autónomo, independiente, y no necesita de nadie. Se cuece al vapor del agua pura, sin mojarse ni ablandarse dentro del agua misma, sino tan sólo al fervido aliento del hirviente líquido, de la manera menos material, y podemos decir más práctica posible. Cocido así, el arroz adquiere cualidades inéditas e insospechadas. Sus granos están sueltos y tienen la blandura precisa a la resistencia necesaria para que los dientes goten del placer de mastacarlos. Su

sabor, libre de extrañas influencias, es incomparable, y nada se le aproxima. Hay que catarlo para saber lo que es. En suma; si el arroz chino no es la ambrosia de los Inmortales, se le acerca todo lo posible, tratándose de un alimento destinado a los pobres humanos y no a seres de esencia divina, para quienes parece haber sido cocinado. Es un portento, algo asombroso, no cabe más allá. Y quien lo dude, que vaya a comerlo a la fondita de Montparnasse, pues allí encontrará un arroz digno de Confucio.

Luego vienen los postres, extrañas cremas deliciosas; pastelillos y hojaldres enigmáticos y sabrosísimos; confites, jaleas, almibares, compotas donde, reunidas en jarabes refinadísimos, guardan sus jugos y sus aromas las papayas, el *gencogibre*, las pamplemusas y otras frutas de los huertos de las hadas, sólo conocidas por los cuentos mágicos o por las historias de viajes, que son casi equivalentes. Al salir del comedor chinesco, saturado el paladar de emociones inéditas, el bullicio de Montparnasse desentona e interrumpe la atmósfera creada por la comida china. No hay palanquines a la salida, ni esos carritos ligeros de dos ruedas, de los que tira un veloz carrerista. Pasa con estruendo un disforme autobús, y en lo hondo, bajo los pies, rueda el *Metro*, en medrosa galería. Hay que retroceder hacia la civilización actual.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS
Marqués de la Torrehermosa.

HOMENAJES AL AZAR

A vivir todavía el profesor Gustavo Lebon, hubiese pasado un mal rato, pues era hombre al que las contradicciones humanas y las ofensas a la lógica sacaban de quicio, prueba evidente de que su inteligencia no era tan comprensiva como parecía, porque la vida ha sido siempre un movimiento alterno de buen sentido y de arbitrariedad. Lo digo a propósito de la Lotería, que el Gobierno francés acaba de autorizar juntamente con otros juegos prohibidos. Pero, con esa innovación atrevida, es menos sorprendente que el éxito logrado por la Lotería. Apenas puestos a la venta, los billetes se agotan y hay que anunciar, para los sorteos futuros, emisiones más copiosas. Es como si hubiera inventado una religión con la esperanza de que produzca más milagros que las conocidas. El pueblo francés no adultera, por eso, su psicología ni renuncia a sus aficiones racionalistas. La amplia, anexionándose los vastos dominios, contiguos a la lógica, en que reina el azar. El espacio que ocupan la una y la otra es tan desproporcionado como el que se disputan los astros y el espacio en el infinito. Expresada la comparación con volúmenes gráficos, podría decirse que el azar es un planeta y la lógica un cañamón.

El ahorro ha sido hasta ahora el rival del azar. El que guarda pensando en el día de mañana parece decirse: "Yo no creo más que en el esfuerzo paciente y acumulado. Sé que privándome de lo superfluo hoy tendré lo necesario en el porvenir".

El razonamiento no tiene vuelta de hoja. Francia ha sido, por esa tendencia nacional al ahorro, el paraíso de los banqueros y de los hombres de negocios, que operan casi siempre con el dinero ajeno. El ahorro ha sido, pues, hasta hace poco, más que una virtud privada, un dogma religioso, que tenía sus exégetas en el financiero y en el político. ¿Quién no recuerda los himnos que ha cantado al ahorro un estadista de la autoridad de M. Poincaré? La Banca, por su parte, contribuía al carácter sagrado de aquella virtud, haciendo del dinero del imponente un depósito inviolable, y la misma literatura había rodeado la función del banquero de una aureola tal, que parecía, por lo severa, una rama de la jus-

ticia. El banquero no era un simple manipulador de caudales, sino un taumaturgo, que los multiplicaba mediante combinaciones más o menos audaces, pero siempre infalibles. ¿Que Rusia, por la penuria de su presupuesto de ingresos, necesitaba un empréstito? La Banca francesa se lo facilitaba con un interés decente, y por aquel sencillo mecanismo la tranquilidad del portero y de la cocinera, que habían fiado sus ahorros a la Banca, venía a quedar supeditada a las vicisitudes políticas del viejo Imperio moscovita. ¿Que el Sultán de Turquía proyectaba una nueva red de ferrocarriles? La finanza de París acudía a ofrecer soluciones; anticipaba el capital y corría con la empresa en todas sus fases. Lanzaba una emisión, y ésta era cubierta por el ahorro. Y como la influencia francesa era vasta, ese espíritu de absorción de los negocios se extendía a todos los continentes. Fue aquí, por decirlo así, el período romántico de la institución bancaria, en el que ser prestamista era poco menos que pertenecer a una Orden caballeresca. Y entonces, cuando el banquero se arruinaba por torpeza—su buena fe aparecía siempre intacta—, el dramaturgo y el novelista nos lo presentaban pegándose un tiro, por no sobrevivir a un fracaso que él consideraba su deshonor. Tan vivo era, según ciertos escritores, aquel escrípulo en el hombre de negocios que manejaba caudales ajenos, que un dramaturgo amigo nuestro se hizo aplaudir con ocasión de un drama en el que asistimos al suicidio de un banquero a raíz de una quiebra de treinta mil reales.

Después acá las costumbres han evolucionado en Francia y en todas partes. Vino la guerra, y con ella el desastre financiero de Rusia, Alemania y Austria; los que habían aportado sus ahorros se quedaron sin ellos, y entonces la moral del banquero empezó a perder quilates, como el oro cuando se asocia a otro metal. El siguió operando sobre la credulidad del prójimo. Inventó negocios y especuló desenfrenadamente en las Bolsas de todo el mundo; y cuando las liquidaciones le fueron adversas, en vez de pegarse un tiro, tomó el tren con rumbo a uno de los pocos países en que no rige el derecho internacional de extradición por fraude. La era romántica de la finanza se había extinguido. Pero quedaba en pie el ahorro, función tan normal para ciertas personas como la emisión de los exudados por el riñón. El que se habitúa a economizar vive a prueba de desengaños. Es un filósofo lo bastante pesimista para no contar con el prójimo. Sabe que le acechan, más o menos emboscados, dos enemigos implacables: el tiempo y la invalidez. Los años, al pasar, nos dejan en condiciones de inferioridad, y si a eso se añade el posible quebranto de la salud, la visión del mañana se hace todavía más sombría. ¿De quién podremos esperar ayuda en nuestro desamparo? El imprevisor no se plantea ese problema y, si alguna vez le inquieta, se encoge de hombros. Pero el inteligente es desconfiado. Sabe que está solo y que, al desprenderse, por inútil, de la cadena social de las actividades que constituyen la economía de un país, no tendrá otro refugio que la intemperie. Una humanidad de creyentes desfilará a su lado con el nombre de Dios en los labios y el corazón vacío de piedad...

Por eso, y para precaver ese desamparo, ahorra y de diez guarda dos. Ahora bien; ¿qué hacer de las sumas acumuladas en la alcancía o en la media de lana? Conservarlas en casa sería una temeridad. Puede surgir lo imprevisible: el incendio, el ladrón; qué sé yo... Lo más práctico, y en todo caso lo más prudente, es colocar el dinero. Pero, ¿dónde? ¿Qué banquero podría ofrecerle un cierto interés, que se le niega o se le escatima al simple cuentacorrentista? Entonces se pone a hacer averiguaciones entre sus amistades hasta que encuentra el *tuyau salvador*: monsieur Dupont, *qu'est très fort et très calé*, tiene entre manos un grupo de negocios importantes que darán al accionista